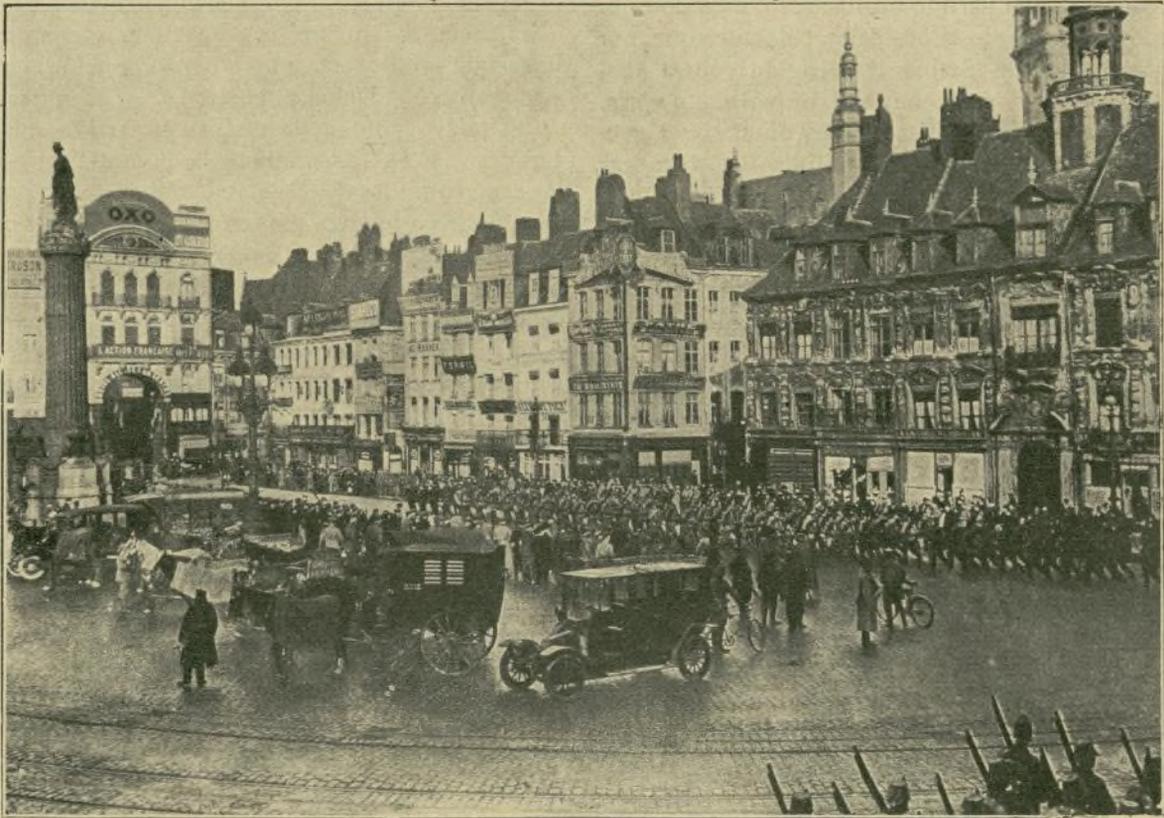


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 48.—BARCELONA 11 DE MAYO DE 1915



Desfile de tropas alemanas por la plaza del Mercado de Lille (Francia)

LA SITUACION ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

III.—Rusia

Alemania empujó a Rusia hacia el oriente de Asia; desviando la atención y las fuerzas del coloso del N. en dirección al E., Alemania consolidaba su posición en Europa y quedaba árbitra de la política en el continente. Pero los progresos de Rusia en Asia constituían una amenaza para Inglaterra, toda vez que el inmenso imperio no apuntaba solamente a las costas del Pacífico, sino que se asomaba a Persia, al Turkeistán, al mismo Thibet, desde donde se divisan a lo lejos los teraces campos de la India. Puestas frente a frente las dos diplomacias, la británica venció, como de costumbre, a la alemana. La Gran Bretaña concertó un tratado de alianza—que aún subsiste—con el Japón, y Rusia fué derrotada en Manchuria, desvaneciéndose aquellos ensueños de dominación asiática, para la que no estaban preparados ni el Estado, ni el pueblo ruso.

Hasta entonces, la amistad, llamada alianza, entre Francia y Rusia, era un acuerdo en el que no tenían confianza ni la una ni la otra, y que no inspiraba recelos ni inquietudes, y mucho menos temor, a Alemania. Si ésta hubiera sido algo más previsora, aprovechara el descontento general que se despertó en Rusia por la actitud poco benévola de los franceses y por la falta de hospitalidad que encontró en las colonias francesas la escuadra del almirante Roshent-

vensky. Los alemanes, demasiado confiados en sus fuerzas, no escasearon las críticas y las burlas, cada vez que los rusos padecían un descalabro en la Manchuria, y en todo se ocuparon menos en reemplazar a Francia cerca de Rusia.

Conseguido su propósito, Inglaterra, la tradicional enemiga de Rusia, envolvió en sus redes de oro al imperio del Czar y lo atrajo a su causa. La roca japonesa fué el dique en que se estrelló la ambición rusa sobre el oriente de Asia, pero quedaba el occidente y el centro. Era menester substituir la política rusa, eminentemente asiática, por otra europea, y así se hizo. En menos de dos años, el mundo vió con asombro cómo aquellos dos inveterados enemigos, que estuvieron a punto de declararse la guerra cuando el incidente de Hull, en el mar del Norte, se trocaban en excelentes camaradas.

El pueblo inglés, de fino instinto político, ayudó a maravilla a su Gobierno en esta labor, y el pueblo ruso se mostró tan ajeno a ella como antes lo fuera a la expansión en Asia. El milagro quedó hecho, y el peligro que Alemania miraba burlescamente, se encarnó en pavorosa realidad. Sólo una persona, el Kaiser, luchó desesperadamente, aunque en vano, para deshacerlo y contrarrestarlo.

Apartada de Asia la atención de Rusia, resurgió

el enemigo secular: Turquía; aquella Turquía por la cual desenvainaron su espada en Crimea, contra los rusos, Francia e Inglaterra; la misma Turquía cuya capitalidad fué conservada por el veto que la Gran Bretaña opuso al avance sobre Stambul de los ejércitos del Czar en 1878. Decir Turquía y resurgir el pan-eslavismo, es la misma cosa; y pan-eslavismo y predominio del partido militar ruso, es todo uno. Quedó así planteado el problema balcánico que, por la intervención de Serbia, iba dirigido contra Austria, tanto o más que contra el imperio otomano. Frente a frente dos civilizaciones y dos razas, la guerra era inevitable; el partido militar—y a su cabeza el gran duque, actual generalísimo—comprendió que para destrozar a Austria era indispensable empezar por vencer a Alemania; auxiliado, sino empujado, por Francia e Inglaterra, se hizo dueño de la voluntad del soberano, y virtualmente quedó planteada la guerra en 1913.

Pueblo atrasado, inculto por lo general, pero de inmensos recursos, Rusia es nación de grandes ideales, superiores casi siempre a lo que aconseja la realidad. Si anteaer fracasó en el oriente de Europa, se volvió ayer contra el oriente de Asia, y fué vencida; sin desmayar se revuelve hoy en otro sentido, y si también es derrotada, antes de veinte años se lanzará en otra dirección. La raza eslava es la dueña del imperio, pero no ha conseguido asimilarse las demás razas que lo pueblan; la fuerza que le falta ha de buscarla, como otros pueblos en siglos pasados, en expediciones exteriores; es la ley histórica, a la que no puede substraerse.

La nación rusa no deseaba, ni desea la guerra. Ansía la paz y no alcanza los motivos de una lucha con la nación—Alemania—que era su mejor mercado y a la que tanto debían su industria y sus artes. Pero este pueblo ruso tiene la rara cualidad de la obediencia, y la todavía más rara de sentir y palpitar según se lo ordenen sus elementos directores. Hoy el enemigo es Alemania, y, aunque sin entusiasmo y sin saber porqué, el buen ruso detesta a los alemanes y los cree causantes de todas sus desgracias. Mañana opinará de otro modo, si así se le manda. Es una idiosincrasia que aún no ha sido bien comprendida en el resto de Europa. En este concepto, los rusos y los árabes tienen muchos puntos de semejanza.

La característica del pueblo ruso—paciente, sobrio, abnegado, a la vez—da una enorme fuerza a su Gobierno y le coloca en mejor posición que el de París y el de Londres; y nada dejaría que desear el cuadro si el moderno Aquiles no tuviera un talón, y en él un punto vulnerable. Como la de todos los países ignorantes, desgraciados y hambrientos, la masa de la población rusa ve instintivamente en sus gobernantes los culpables de las miserias que la atligen; no hay armonía ni compenetración de ideas y sentimientos entre el poderoso, el magnate, el gran propietario rural, y el humilde, el artesano, el labriego. Bien que resignados los últimos, no están convencidos, y a las veces, un gesto de ira y de malestar extremece al imperio de cabo a cabo.

El malestar se acentúa; las cosechas no se venden; faltan muchas primeras materias; escasea el numerario; al comerciante alemán, astuto, interesado, pero

que se hacía cargo del terreno que pisaba y se moldeaba a las circunstancias y al medio ambiente, han reemplazado otros mercaderes extranjeros, también, altivos, superiores, despóticos, que están incautándose de los negocios más saneados y obtienen pingües beneficios. Poco a poco, se va despertando en el dormido pueblo la idea de que esta guerra es en beneficio de tercero. Pero está tan arraigada en él la obediencia, es tan sumiso y apacible, que la guerra habría de prolongarse años y no se interrumpiera ni acabara la resignación popular.

El punto vulnerable está en el partido militar. Las derrotas han engendrado la discordia; se agitan las camarillas; las diferencias de religión y de raza se manifiestan a lo vivo; todos quieren la gloria y nadie la responsabilidad. La clase directora, en una palabra, está cien codos por debajo de la que es carne de cañón, de la que cultiva los campos y labora en los talleres. Es la burocracia quien está en crisis, los organismos gastados y caducos del Imperio; a ellos está entregada la dirección de la guerra, y hay que desconfiar de su actuación. De no haber asumido los burócratas en sus manos todos los mecanismos del gran choque con Alemania, es posible que la guerra hubiera ya terminado con ventaja para Rusia.

El partido militar ruso considera como un honor el haberse medido con el ejército alemán, y como una gloria innegable el no tener que lamentar una completa derrota. Veía en Alemania el maestro por quien se siente un respeto natural, el ejemplo y el modelo imposible de igualar, y no sin serios temores entró en la liza. Ahora, ha perdido el miedo y el respeto; por duros que hayan sido los golpes recibidos, más fuertes los aguardaba; el adversario es un mortal de carne y hueso; si el ejército ruso no ha podido ser destruido por el alemán . . . ¿a quien, en lo futuro, habrá de temer?

He aquí el más grave sedimento, en lo que atañe a Rusia, que va a dejar esta guerra. El país se repondrá pronto, y el mundo será pequeño para los que acarician el engrandecimiento del Imperio del Norte. No hay que pensar en el peligro amarillo, ni en el británico; tenemos a las puertas el eslavo. No lo evitará la derrota de Rusia; sería menester que la acompañara una modificación política que permitiera el acceso a la gobernación del Estado a elementos más sanos y sensatos; y, al mismo tiempo, debiera resolverse, o entrar por lo menos en el camino de la solución, la cuestión de las múltiples razas que pueblan el Imperio. Turquía era la qué, a sus expensas, parecía llamada a alejar de Europa el peligro ruso; a falta de ella, también Inglaterra pudiera ser la salvadora; es difícil en este momento saber lo que sucederá. Si la carga se arroja íntegra sobre Alemania, tememos que la labor sea demasiado abrumadora.

Resumamos brevemente: el pueblo no pone su alma en la guerra, pero entrega su cuerpo y todos sus recursos materiales. La burocracia, o una fracción de ella, adquirirá nuevos bríos, al terminar, con la derrota o el triunfo, la presente guerra. Una Rusia más militar que la actual surgirá de las pavesas de los campos de batalla. El imperio decuplicará su fuerza y su poder ¿Quién le atajará el paso?

ALEMANIA DURANTE LA GUERRA

Quienes desde lejos dirigen sus miradas hacia Alemania se han de figurar, extraviados por los miles de cablegramas de Londres y París, que el Imperio Alemán se encuentra al borde de un abismo inevitable empujado por el poder de sus poderosos enemigos.

Para los que observamos esta situación de cerca es otra cosa.

Dentro del marco de esta correspondencia voy a trazar a grandes rasgos el aspecto general que en la actualidad presenta el pueblo alemán. Todo cuanto diga habrá de estar subordinado a la realidad, pues no tengo la intención de alabar al Imperio, ni hacer alarde de simpatías por él. Quiero sólo depositar mi pequeñísimo óbolo en el altar de la Verdad.

El estado económico del Imperio difiere bastante del que pinta Inglaterra en los países neutrales, en sus esfuerzos diplomáticos para hacer nacer desconfianza sobre Alemania.

El crédito, base de la economía moderna, preocupó desde un principio a las autoridades y se dictaron medidas que se pueden reducir a las siguientes:

a) Las que se refieren al sostenimiento del crédito de los establecimientos industriales que sufren los males originados por la guerra al no poder exportar sus productos;

b) Las que se refieren a defender el crédito que puede ser dañado por las agresiones del adversario, y

c) Las que se refieren a la seguridad personal del individuo.

No deseo hacer un examen minucioso de todas y cada una de las disposiciones dadas con este objeto, sino únicamente dar a conocer las más importantes.

Se ha creado la Caja de Préstamos que facilita cantidades sobre títulos o mercaderías, no expuestas a descomposición, que en el mercado actual encuentran consumo reducido. Al lado de esta se han establecido los Bancos de Guerra, en la mayor parte de las ciudades, que facilitan recursos a aquellas industrias que más sufren por el estado de guerra. Así mismo se han creado cajas de préstamo sobre títulos hipotecarios.

Una Moratoria general que fué necesaria en la mayor parte de los países extranjeros, beligerantes y neutrales que sufren directamente con la guerra europea, no se ha dictado en Alemania; porque el orden económico y la fuerza vital del pueblo hacían inútil una medida fundamental, como es ésta, que tiene repercusiones, a veces, más destructoras que benéficas.

Solamente se han acordado moratorias especiales, dejadas al arbitrio de las autoridades judiciales, para proteger en particular a los individuos que forman parte de la fuerza armada y a sus familias. Con el mismo objeto se dictaron varias leyes relativas al amparo de los intereses de los individuos reclutados, para que por medio de procuradores no se gasten infructuosamente las fortunas de aquéllos. Los aliados, con el propósito de rendir a Alemania por el hambre, le han cerrado todo su comercio con el exterior, impidiendo que lleguen artículos de primera necesidad al territorio del Imperio. Para contrarres-

tar los efectos que de esto se desprenderían y evitar consecuencias funestas, el Gobierno confederado monopoliza todos aquellos artículos de primera necesidad que fundadamente se teme que lleguen a escasear, para repartirlos entre los millones de habitantes en partes proporcionales.

En tal virtud los comandantes de plaza diariamente expiden decretos referentes al consumo cotidiano de dichos artículos. Así, por ejemplo, tenemos ya el *Kriegsbrot* (pan de guerra), que contiene un tanto por ciento de harina de patata u otra fécula alimenticia.

En los restaurants, donde anteriormente el pan constituía el adyacente gratis, hoy no se puede conseguir sino en cambio de unos cupones que marcan la cantidad de pan que se compra y mediante el pago extra. Los cupones referidos son distribuidos semanalmente por el municipio a razón de 2.000 gramos por persona, cantidad suficiente para el consumo ordinario de cada habitante.

Los demás artículos comestibles se expenden libremente y sus precios han sido, en algunos, ligeramente subidos; sin notarse escasez alguna.

El orden característico del Imperio no han alcanzado a turbarlo todos los daños de la guerra. Naturalmente, el movimiento comercial ha disminuído mucho y los extranjeros se hacen cada día más escasos, a causa de las dificultades de comunicación con sus respectivos países.

Si bien la industria en general ha decrecido enormemente, no se ha paralizado; y la industria armera continúa en un trabajo gigantesco. Aun no se ha agotado la materia prima de fabricación. Últimamente ha comenzado la recolección de cobre, indispensable en la amalgama del metal para la fabricación de cascos de cartuchos, espoletas, anillos de obuses y un sin número de aplicaciones en la industria militar. Como reserva de cobre es probable que los alemanes cuenten con las campanas de las iglesias propias y de las ajenas que tienen en su poder. No hay, pues, temor de un agotamiento completo de este metal.

Los establecimientos públicos de educación, de arte y ciencias, etc., ofrecen su acostumbrado aspecto de los tiempos de paz, aunque el número de concurrentes es bastante inferior.

En Berlín, especialmente, los teatros, los conciertos, los cinematógrafos y demás locales de distracción siguen abiertos, si bien se nota reducción en el número de visitantes.

Los cabarets, cafés y restaurants, que en mejores tiempos formaban los lugares de reunión después de las 12 de la noche hasta las 4 o 6 de la mañana, se cierran actualmente a la una de la noche y la música cesa a las 12. Medida de policía requerida por la seriedad de las circunstancias.

Los cabarets por la tarde, una de las creaciones de la guerra, que lógicamente mal se concibe fueran hija de ella, han sido terminantemente prohibidos.

El aspecto exterior de la ciudad es de lo más tranquilo, y sólo a la noticia de una victoria sobre el enemigo son engalanados los edificios públicos y particulares, con banderas de los diferentes Estados confederados, dando el aspecto de una ciudad en regocijo. Estas noticias llenan ciertamente de franca alegría a todos los corazones, y no tienen nada de

desbordante chauvinismo ni alharaca desmedida. Son significaciones de justo aplauso a los soldados que libran las batallas, de confianza en sí mismos y de certidumbre en la victoria final.

Lo que digo de Berlín, es, naturalmente, aplicable a todas las grandes ciudades del Imperio.

La mujer alemana empieza a reemplazar los brazos masculinos, pero no se crea que por falta de hombres, no; sino porque el varón al partir a la

heroica sufre la ausencia o la pérdida del ser querido. Un triste y prolongado *auf Wiedersehen* (hasta la vista) es la despedida de las mujeres, a veces acompañado de *einen Küß* (un beso) y una recomendación: *Kampft tüchtig* (combate bien), pero nada de lloriqueos. Cuando recibe la noticia de la muerte del amado no tiene más expresión que la de «*er ist im Felde Ehre gefallen*» (él ha caído en el campo del honor).

Desde el punto de vista militar, Alemania está en mejores condiciones que los demás beligerantes. No han sido todavía llamados los contingentes de 1915 y 1916, como ha sucedido ya en Francia, y su fuerza de resistencia es enorme y no tiene trazas de agotarse.

La opinión del pueblo alemán es uniforme. Aquí piensa un solo cerebro y un solo brazo para y dirige los golpes al adversario. No deja de reconocer el peligro que se cierne sobre su cabeza, pero no le teme, tiene resignación y tiene fe axiomática de pegar la victoria a sus banderas.

El Kaiser va convirtiéndose cada día más en un semidios. El mariscal von Hindenburg es el jefe más popular, el Anibal moderno, cuyo nombre está ya grabado con letras de oro en las páginas de la historia de la guerra europea. Sigue a Hindenburg el príncipe Ruperto heredero de Baviera, y a éste el audaz von Kluck.

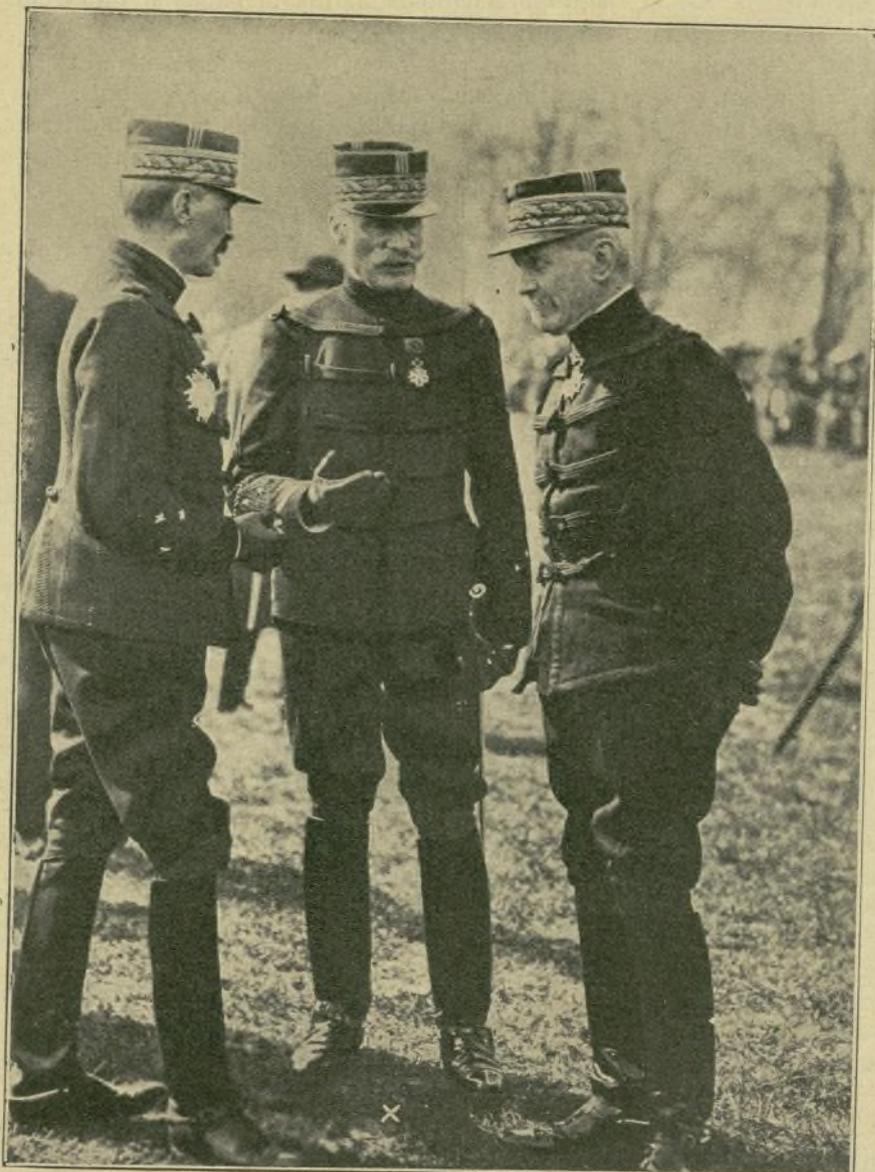
Tres años consecutivos vivo en Alemania. He tenido ocasión de recorrer casi todo su territorio en la paz y lo recorro en la guerra, he estudiado su organización militar; en cuanto me ha sido posible, puedo, pues, juzgarla. Alemania es la única nación en la que se ha resuelto el problema de la *Nación en armas*. Con esto está dicho todo. Alemania es *invencible*, aunque por medio de sofismas y círculos viciosos se quiera probar lo contrario. Los hechos están hablando y hablarán.

J. C. GUERRERO.

Berlín, abril de 1915.

LA CABALLERÍA EN LOS PRIMEROS MESES DE LA GUERRA EN EL TEATRO OCCIDENTAL

El coronel alemán von Velck ha resumido en un interesante escrito la situación de las caballerías alemana y francesa en los primeros meses de la guerra. A raíz de la movilización, la caballería francesa



Tres comandantes de ejército franceses: el general Dubois (en el centro) hablando con el general Michel (izquierda) y Manoury (derecha)

guerra deja a la hembra el desempeño de sus labores.

Se ha dicho que el Imperio alemán es un campamento inmenso. Esto es cierto. Desde el Rin hasta Memel se extiende este cuartel colosal. No hay hombre hábil para el servicio de las armas, que no espere ansioso el momento de ir al campo de acción a defender el honor de su bandera.

Muchas veces hemos sido testigos de escenas desgarradoras del dolor supremo de una hija, de una madre, de una esposa, de una hermana, al tenerse que separar, quizás para siempre, del ser querido que sale al campo de batalla para inmolar su vida en aras de su patria. Pero luego hemos visto, también, cómo esa hija, madre, esposa o hermana con abnegación



Avanzadas francesas en el bosque de Argona, con sus barracas de troncos y cañas

permaneció completamente inactiva. La división concentrada en Luneville, a 25 kilómetros de la frontera, y los dos regimientos de guarnición en Toul y Nancy, no dieron señales de vida en los primeros días. Hasta el 19 de agosto, dos semanas después de comenzada la guerra, no hubo un encuentro entre las caballerías de los dos ejércitos.

El 2 de agosto la caballería alemana ocupó Luxemburgo, el 4 entraba en Bélgica, y el 7 había dejado atrás Lieja. El 19, en Perwez, al N. de Namur, una división de caballería francesa fué derro-

tada, a pesar de que aquella obró, hecho excepcional, con notorio espíritu ofensivo. El 20 de agosto, escuadrones alemanes entraron en Bruselas.

La caballería inglesa intervino por primera vez el día 24, cerca de Maubeuge. Una brigada fué destrozada por los alemanes. Seriamente amenazado el flanco del mariscal French, en las jornadas del 23, 24 y 25 de agosto, las tres divisiones de caballería francesas que mandaba el general Sordet libraron de un desastre inminente a los ingleses; pero el 26 aquella masa de ginetes quedó agotada y hubo de



El gobernador militar de Jaffa (Siria), arengando á las tropas de reserva y al pueblo

Ayuntamiento de Madrid

pasar a segunda línea. La caballería alemana que se encontraba frente al ejército británico maniobró tan hábilmente, que el mariscal French no llegó a saber nunca qué fuerzas enemigas tenía delante.

El 24 de agosto, la caballería alemana se encontraba ya en territorio francés, cerca de Lille.

Derrotados en Maubeuge, los aliados se replegaron a San Quintín, donde sufrieron un descalabro más grande todavía; mucho contribuyó a estos resultados la excelente actuación de la caballería alemana, mientras las francesa e inglesa permanecían inactivas.

El avance de los ejércitos de Kluck y Bülow fué cubierto por la caballería, a las órdenes del general von Marbitz, que no pudo llegar a batirse con la enemiga, por haber rehuído ésta sistemáticamente el encuentro.

Los actos de audacia llevados a cabo por pequeños grupos y aun por simples patrullas de caballería, en el N. de Francia, fueron innumerables.

En las fronteras de la Alsacia-Lorena, la naturaleza montañosa del terreno no favoreció las operaciones de la caballería. Sólo en dos ocasiones entraron en fuego fuertes contingentes de caballería francesa. El 19 de agosto, primer día de la batalla de Saarburg, dos divisiones francesas de caballería intentaron una carga en orden cerrado, pero fueron dispersadas por el tiro de la artillería pesada alemana; el 20 de agosto, a unos 5 kilómetros al E. de Altkirch, cuatro escuadrones de cazadores de Africa atacaron enérgicamente las líneas enemigas; el fuego de las ametralladoras y de la infantería alemana, abierto a 500 y 350 metros de distancia, rechazó fácilmente la acometida.

En la segunda mitad de septiembre comenzó la guerra de posiciones, y la caballería no pudo ya seguir desplegando su audacia; no obstante, la alemana no desperdió ninguna ocasión para molestar los flancos del enemigo. La característica esencial del empleo de la caballería alemana en este período fué el siguiente: no sólo las ciudades abiertas, sino también casi todas las plazas fortificadas conquistadas por el invasor, fueron ocupadas previamente por contingentes de caballería.

LA LUCHA EN LAS ALTURAS DEL MOSA

El Gran Cuartel general escribe lo siguiente:

Antes de Resurrección se reconoció que los franceses llevarían a cabo una nueva y grande empresa contra las alturas fortificadas del Mosa, esto es, las «Cotes Lorraine». Las experiencias del invierno habían mostrado que un ataque frontal sería sin resultado. Por esto, la nueva tentativa fué dirigida contra los dos flancos de las fuerzas alemanas entre el Mosa y el Mosela, formando un nuevo ejército, según relato de los prisioneros.

Después de las primeras tentativas tímidas, al mismo tiempo que nuestros aviadores observaron los movimientos detrás del frente francés y de los combates de infantería comenzados en el bosque Priester y sudoeste, principió el 3 de abril una vigorosa actividad de la artillería francesa en el norte cerca de Combres y en el frente S. entre el Mosa y el Mosela. Las avanzadas alemanas retrocedieron metódicamen-

te de Regniéville y Fey en Haye a la posición principal, cuando se desplegó la infantería enemiga.

El lunes de Resurrección, 5 de abril, comenzó el verdadero ataque de los franceses al frente sur, primeramente al norte de Toul y después también en el bosque Priester, al mismo tiempo al sur del Orne, así como entre Les Eparges y Combres. Los franceses no lograron éxito en ninguna parte. Donde se encontraban pequeños grupos que habían alcanzado especiales posiciones, fueron rechazados en todas partes hasta las trincheras alemanas o dentro de ellas mismas.

El más vigoroso combate se encendió en dos puntos. Entre el Mosa y Apremont llegaron los franceses al terreno de bosques cerca de las posiciones alemanas antes de recibir a corta distancia el fuego mortífero. Al este de Flirey se empeñó especialmente una batalla en regla; los tiradores franceses hábilmente avanzando aprovechaban todas las escabrosidades del terreno, siguiéndoles fuertes reservas para llevar el ataque hacia el norte. En dicho lugar hizo la artillería alemana una buena puntería. Después de corto tiempo se pusieron las reservas en desesperada huída, mientras que el ataque de los tiradores fué muy sangriento por el fuego de la fusilería alemana. En Flirey mismo fué necesario, en el combate nocturno, atacar a la bayoneta para defender las trincheras alemanas.

Tan pronto como el ataque de infantería fué terminado el 5 de abril, se reforzó en los dos lados la actividad de la artillería, con cuyo resultado por los cañones alemanes se desprende una observación que fué hecha el 6 de abril por la mañana: cientos de cadáveres fueron arrojados hacia delante de las trincheras francesas.

Cerca de Flirey fracasaron el 6 de abril tres nuevos ataques franceses. También en el bosque Priester el enemigo atacó de nuevo; aquí un batallón renano, se opuso al regimiento 13 de infantería francesa, cantando «la centinela en el Rin», llevando armas blancas desenvainadas y poniendo al enemigo en huída.

Al sur del Orne, se desarrolló el 6 de abril una nueva batalla que fué para los alemanes favorable.

En el centro de las posiciones a lo largo del Mosa tomó parte muy activa la artillería.

J. C. G.

10 de abril, 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El Señor de la guerra

(El señor A).—¡Qué calladito lo tenía V., don Subriol! ¿Con qué al Kaiser le llaman en Alemania el Señor de la Guerra?

—¿The War's Lord, como dicen los ingleses? ¿Ahora se entera V. de eso? ¡Vive V. muy atrasado, señor A.!

(El señor A).—Algún motivo tendría V. para guardar silencio sobre este punto. ¡Bonito es V. para ocultar lo que le conviene decir!

—¡Por Dios, señor A! Permítame V. que le diga que no sabe V. lo que dice.

(El señor A).—¡No, no, nada de argumentos! ¡Al grano!

—¡Qué más quisiera yo, sino que fuera V. al grano y prescindiera de las fantasías de sus periódicos y amigos!

(El señor A).—Dígame V., don Subrio: si en Alemania conocen al Kaiser por el Señor de la Guerra ¿negará V. que es él quien la ha promovido y desencadenado?

—El sexto sentido...

(El señor B).—¿Cuál?

—El común, que por eso mismo es el más raro, concede a V. la razón.

(El señor A).—¿Bromea V.?

—Va V. a verlo. Cuando el incidente de Fashoda, que estuvo a punto de promover la guerra entre Inglaterra y Francia, pudo Alemania aplastar a la última, y no quiso. En 1904 y 1905, le hubiera sido facilísimo destruir a Rusia, ya aliada con Francia, aprovechando la enemistad de la Gran Bretaña hacia el imperio del N. y las cordiales relaciones que mantenían los gabinetes de Berlín y Londres, y también dejó escapar la ocasión...

(El señor A).—Porque Alemania aun no había terminado las reformas en el ejército.

—Ni las terminará nunca. En 1913, se consolidó la alianza entre Austria Hungría e Italia, gracias a las altanerías y pretensiones de Serbia; al mismo tiempo, se marcó un principio de desacuerdo entre Inglaterra e Italia, y Austria y Rusia, en actitud de luchadores, tenían ya medio desenvainadas las espadas. Nada había que temer de Grecia ni de Serbia, arruinadas y desangradas. La ocasión era soberbia para ir a la guerra, y, en efecto, Alemania se impuso a su aliada, Austria, medió cerca de Rusia, y se conjuró el conflicto, que parecía inevitable.

(El señor A).—Pero en 1914, Alemania...

—Esto es: en 1914, Alemania esperó que Francia votase y llevase a la práctica la ley de los tres años, que de un golpe aumentaba su ejército en medio millón de hombres; esperó que se ultimara el acuerdo bélico entre Bélgica, Inglaterra y Francia; aguardó que Rusia movilizara su ejército; que la diplomacia británica ejerciera sus efectos en la corte de Roma, siempre dispuesta a volverse hacia el sol que más caliente; y que Serbia y Grecia hubiesen restañado sus heridas, para lanzarse a la guerra.

(El señor A).—¿Qué quiere V. demostrar con tanta erudición?

—¡Apenas nada! Que Alemania no quiso la guerra cuando pudo alcanzar fácilmente una rápida e indiscutible victoria, y la aceptó así que todos sus enemigos estuvieron preparados y dispuestos. El monarca que se conduce de este modo ¿merece el calificativo de pacífico o el de belicoso?

(El señor B).—La argumentación de V., don Subrio, no demuestra otra cosa sino que Alemania ha obrado siempre con torpeza; es decir, Alemania no, el Kaiser.

—¡Pues a fe que los alemanes son tontos! ¿No recuerda V. la rudeza y aun la acritud con que la prensa y el pueblo alemán se han dirigido a su soberano, cada vez que éste pareció incurrir en alguna ligereza o simple extralimitación de frase? Y desde agosto, ni una voz siquiera ha desentonado del concierto universal que ha agrupado a todos los corazones alemanes alrededor de su soberano.

(El señor A).—Porque los alemanes son torpes y

se dejan impresionar por su Kaiser. Ve a V. lo que dice la prensa inglesa: el pueblo alemán no es más que un rebaño sumiso y obediente a su pastor; no ha dado nunca señales de iniciativa ni de talento...

—¡La prensa inglesa! Empezara V. por ahí, señor A, y no hubiéramos discutido. Esa torpeza de los alemanes es la que duele a sus enemigos: los mercados que explotaba la Gran Bretaña, invadidos por mercaderías alemanas; la maquinaria y todos los productos alemanes desalojando de sus posiciones a los franceses y británicos; las industrias químicas alemanas imponiéndose en Francia e Inglaterra, naciones incapaces de crear ciertas materias que necesita la fabricación moderna... ¡Esa ha sido la tontería de los alemanes! Si en lugar de meterse a invadir mercados y extender el comercio, se ofrecieran a ser explotados por los ingleses; si en vez de querer intervenir en el movimiento cultural del mundo, se conformaran con recibir de vez en cuando algún elegante puntapié de la aristocrática Albión, Alemania sería un país simpático, culto, progresivo, liberal, bien gobernado, demócrata, justo... *et sic de caeteris*.

(El señor A).—Todo esto nos llevaría muy lejos. Mi argumento fundamental queda en pie: eso de que para los alemanes el Kaiser sea el Señor de la Guerra, como si dijéramos, un Marte moderno con todo el poder de Júpiter, no tiene vuelta de hoja. ¡Y todavía quiere V. que creamos pacífico a un hombre que se toca con cascos de plata, que luce vistosos uniformes, arrastra el sable, gusta de que suenen las espuelas, toma actitudes heroicas, hace ademanes marciales, lleva el cetro en la mano...!

—¿Cuánto más no valiera que papara moscas y dejara el gobierno de su pueblo en manos inglesas, no es verdad, señor A? O, si V. me apura, que se metiera en un convento.

(El señor A).—No hay que exajerar; con que hiciera lo mismo que los reyes de Inglaterra, Rusia, presidente de Francia...

—¿Una vueltecita de tiempo en tiempo a las líneas de batalla y luego a Palacio otra vez, a descansar de las fatigas?

(El señor B).—¡Si, señor! En Palacio debía estar; a gobernar a su país y no meterse en aventuras guerreras.

—Señor B: cuando una nación está en guerra y pelagra su existencia, el soberano no debe tener otro puesto que el mando de su ejército; todos los resortes del gobierno y todos los recursos nacionales han de aunarse para conseguir la victoria, que es la primera y única necesidad; y las demás funciones y servicios del Estado, como el resto de la actividad nacional, se han poner sin restricciones al servicio del ejército. Dígame V., ahora, si el Kaiser debe de estar en Potsdam o en el campo de batalla.

(El señor A).—¡Es claro! ¡Por algo es el Señor de la Guerra!

—¿Todavía estamos con eso? ¿De veras ignora V., señor A, lo que significa este título?

(El señor A).—¿Cómo lo voy a ignorar, si está bien claro?

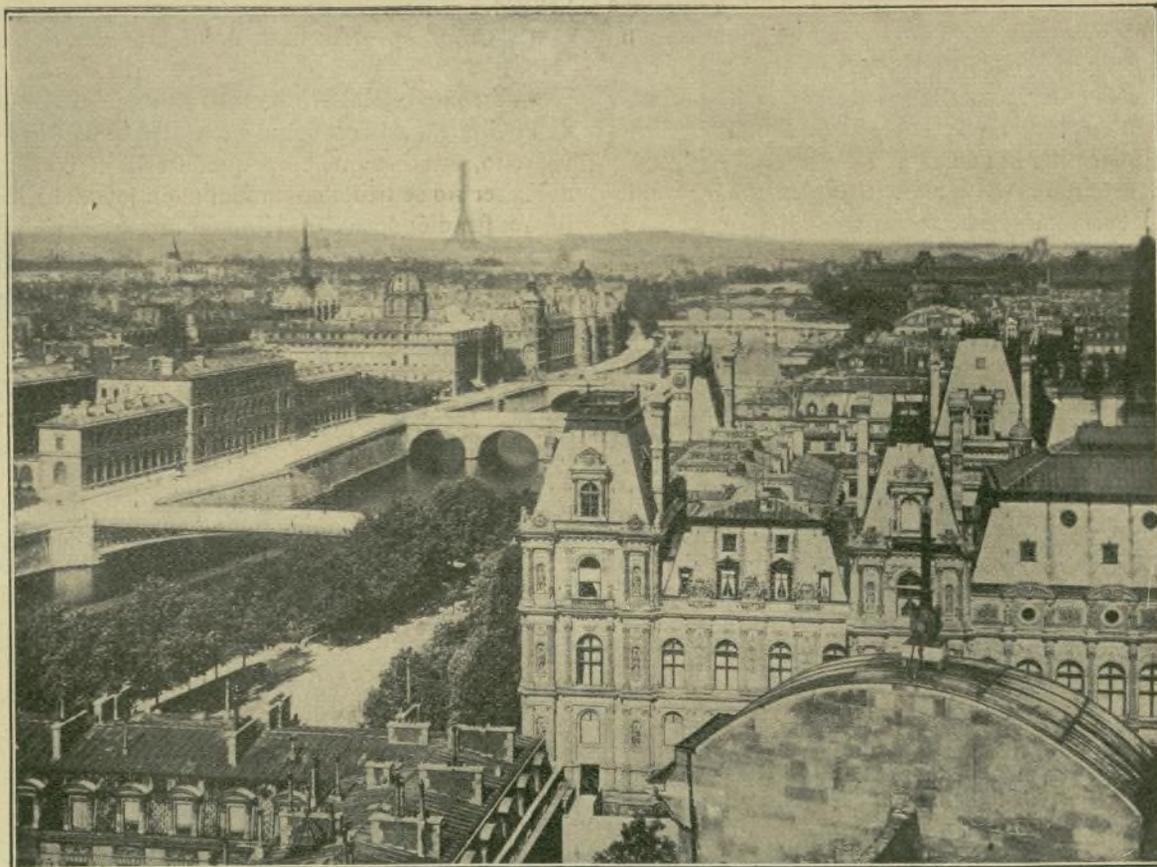
—Sobre todo para V. El *Foreign Office*, de Londres, no quiere decir, como indica su nombre, una oficina extranjera, sino el Ministro de Negocios Extranjeros, de Estado, como decimos nosotros. El



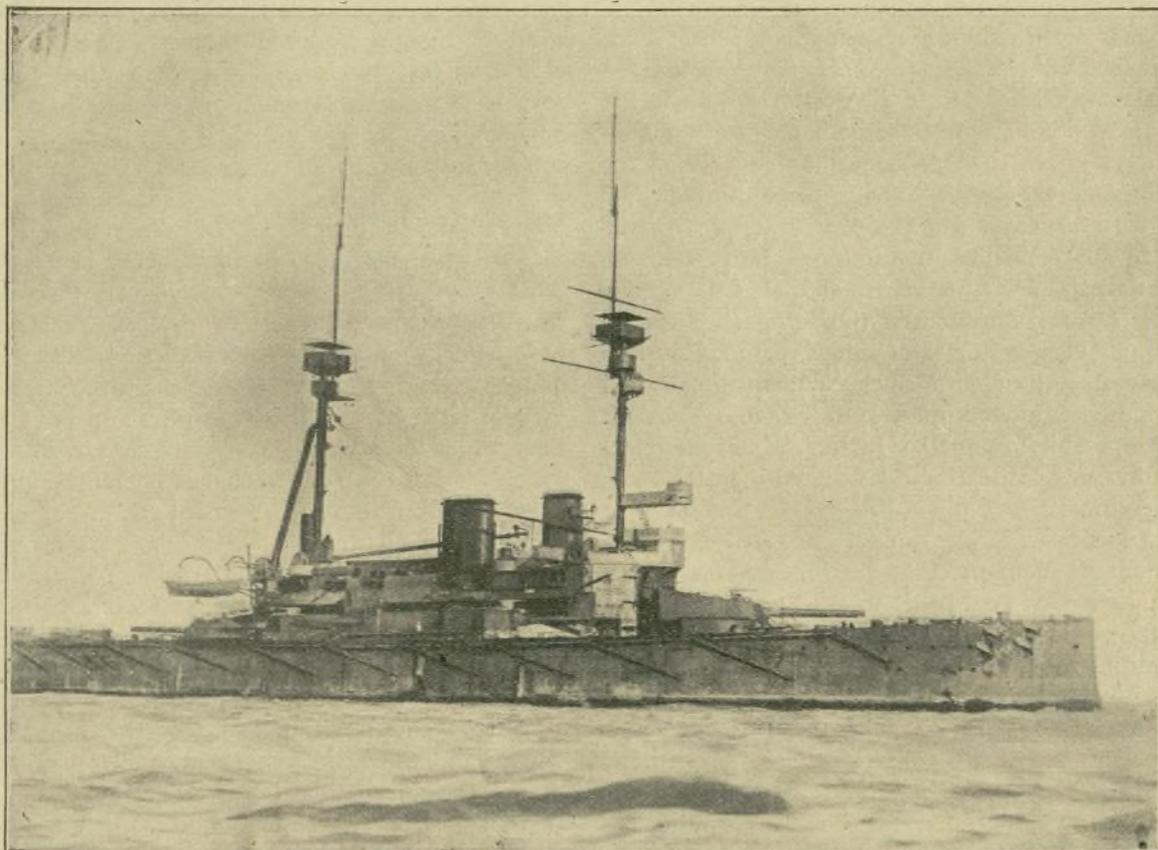
Prisioneros rusos trabajando en el atrincheramiento de las tropas alemanas



Prisioneros rusos ocupados en trabajos de fortificación, en las líneas alemanas



Vista parcial de París y el Sena



El acorazado inglés «Lord Nelson», echado a pique en los Dardanelos

Ayuntamiento de Madrid

Ministro de la guerra no es precisamente, en ningún país, un personaje que mande, haga y deshaga a su antojo y promueva la guerra o la gobierne, sino quien prepara y encauza las fuerzas armadas para el día que la guerra estalle; ya ve V., en Francia, y también en Inglaterra, suelen ser hombres civiles los ministros de la guerra...

(El señor B).—Es que ese título es una impropiedad; debería llamárseles ministros del ejército...

—Y al Ministro de Fomento, el Ministro de los Ingenieros y Arquitectos; y al de Gracia y Justicia, ministro de clérigos y jueces; y al de Hacienda, mi-

nistro de los recaudadores y terror de los contribuyentes; y al de...

(El señor A).—¿Acabará V. de una vez, don Subrio?

—Y como el Kaiser está más alto que el Ministro de la Guerra, así como éste no se llama Ministro del Ejército, nombre que empequeñecería el concepto, el Kaiser no se titula comandante en jefe del Ejército, confundiendo con Hindenburg, por ejemplo, sino jefe, señor de él, esto es, *Señor de la Guerra*.

SUBRIO ESCÁPULA

CRÓNICA MILITAR

I. Labor desarrollada por los beligerantes en el frente occidental, durante los últimos siete meses.—II. ¿Es fácil, o siquiera posible, que uno de los beligerantes rompa las líneas del adversario en el frente occidental?—III. El misterio del mar del Norte.—IV. ¿Qué hace Hindenburg?—V. La situación el 6 de mayo

I.—Labor desarrollada por los beligerantes en el frente occidental, durante los últimos siete meses

Al detenerse los alemanes, en su retirada del Marne, en la línea del Aisne, quedó planteado de hecho un método de guerra jamás aplicado en las operaciones campales, y que parecía relegado a último y supremo recurso en los sitios de plazas: la lucha por la zapa y por la mina.

Las zapas y las minas habían caído en desuso en los ejercicios y maniobras que anualmente celebraban los principales ejércitos. Aun las mismas tropas de ingenieros, a quienes incumbía directamente la ejecución de aquellos trabajos, comenzaron a despreciarlos, limitándose a mantenerlos en sus programas, más por tradición y respeto a las épocas de las expugnaciones clásicas de las fortalezas, que por estimarlos necesarios. Rusia y Alemania, empero, no descuidaron jamás esta rama de la técnica, con la diferencia de que Rusia le concedió mayor atención desde la guerra contra Japón, pero limitando su práctica a las tropas técnicas, mientras que Alemania, en sus conocidas maniobras anuales llamadas de fortaleza, hacía intervenir también a las demás armas. Los zapadores austro-húngaros tampoco perdieron de vista la guerra de minas, pero sin darle el carácter de aplicación normal. Nadie imaginaba, por consiguiente, que en nuestros días iban a renovarse en campo abierto aquellas luchas subterráneas, cuyos últimos y casi extinguidos destellos brillaron en Port Arthur.

La fortificación de campaña era tan familiar a la infantería alemana como el tiro; se ponía casi la misma atención en que el infante supiera manejar la pala, como el fusil. De suerte, que el atrinchamiento rápido, en pocos días, de la línea del Aisne, surgió como por encanto, y fué la muralla que alzaron los alemanes para oponerse al avance de los aliados en su contra-ofensiva de primeros de septiembre.

Las obras de defensa incipientes y rudimentarias al principio, fueron perfeccionadas y robustecidas poco a poco. Frente a ellas, los aliados se redujeron a excavar ligeras trincheras abrigos, de trazado y ejecución bastante imperfectos, pero como la infe-

rioridad numérica de los alemanes era manifiesta, y la iniciativa táctica había pasado a los franceses, parecía que no había peligro en no utilizar todas las ventajas de la fortificación; muy luego la experiencia les demostró lo contrario. Una vez reorganizados y abastecidos, los alemanes empezaron a poner por obra su método de ataques parciales y violentos, con fines limitados, y su sistema de contraataques. Las primeras operaciones de este género costaron mucha sangre a los aliados, que no sacaban del terreno tan buen partido como sus adversarios, y el uso de la pala se hizo general. Poco a poco, delante de las fuertes posiciones defensivas de los alemanes, construyeron otras parecidas los aliados, pero aquellos estaban ya perfeccionando sus primeras obras; las trincheras se trocaron en zapas (más profundas y de mayores dimensiones); verdaderos ramales de zapa enlazaron las posiciones de primera línea con los sostenes y reservas; tendiéronse defensas accesorias, perfeccionándose la salambreadas transportables, ideadas por los rusos para la defensa de la península de Shan-tung, mediante el empleo de las formas curvas y en espiral, en lugar de las cúbicas y tetraédricas; dispusieron merlones y cubrecabezas; blindáronse algunos trozos; se abrieron nichos para los tiradores; se construyeron abrigos para la guarnición, observatorios, máscaras, defensas simuladas... Los aliados aprendieron, a su costa, cuántos y cuán inmensos recursos brindaba la fortificación de campaña a quien la sabía utilizar, y se consagraron con ardor a la tarea de perfeccionar sus defensas, que en breve rivalizaron con las enemigas. Aparecieron entonces en el campo alemán los morteros y los lanza-minas, cañoncitos que arrojan por elevación proyectiles de fuertes cargas explosivas, a corta distancia; imitáronles los franceses, mas no pudiendo de momento disponer de tantas piezas balísticas de trincheras, resucitaron la vieja catapulta de los tiempos de la antigua Roma, sirviéndose de ella para lanzar bombas a las trincheras alemanas; paulatinamente, los lanza-minas han substituido a esos vestustos artefactos. Las granadas de mano constituían ya un elemento imprescindible y obligado.

Moviéndose afanosamente los alemanes en busca de recursos que suplieran su debilidad numérica y les permitieran guerrear con ventaja, acudieron fi-

nalmente a la guerra de minas, dando ello lugar a las naturales contraminas.

Se ha llegado, en conclusión, a implantar en el campo de batalla aquellos métodos del ataque lento, laborioso, cauteloso, pero único posible, que en los siglos XVII y XVIII se ejecutaba contra simples sectores de plazas fuertes de reducido perímetro, por lo general. Sólo que ahora este ataque regular o industrial ha sido reforzado y completado con los abundantes y variadísimos progresos y elementos que los adelantos de los tiempos brindan a los ejércitos. Proyectiles de trayectoria luminosa; bombas de iluminación, perfeccionamiento de los antiguos cohetes, proyectores eléctricos; enlaces perfectísimos telefónicos y telegráficos; nubes de vapores que a manera de velo cubren los movimientos de las tropas propias; gases deletéreos o asfixiantes... ¡quién sabe a que extremos llegarán los beligerantes, animados por el deseo de alcanzar la victoria!

Si este cuadro se completa diciendo que millares y millares de hombres viven a 150, 200, 300 metros del adversario, en abrigos subterráneos tan bien protegidos que desafían la explosión de los proyectiles de mayor calibre; que la desfilada se busca invariablemente huyendo de los relieves que acusan el obstáculo a distancia, esto es, hundiéndose siempre bajo el nivel del terreno y sin acudir a masas cubridoras artificiales; que el saneamiento o drenaje de las aguas llovedizas, de inundación y del subsuelo es indispensable y ha de extenderse a toda la inmensa red de obras enterradas, so pena de hacer imposible la ocupación de las mismas; que los útiles y herramientas, las piezas de madera, los escudos de acero, los alambres espinosos, los cables eléctricos y todo el material figura en cantidades prodigiosas y ha de ser constantemente renovado; se comprenderá lo difícil que es formarse una idea aproximada de la colosal y difícil labor realizada por los beligerantes desde el mes de octubre acá. Esto en lo que concierne al frente de batalla, a los parajes que son teatro de continuas y empeñadas luchas.

Más atrás, ya en segunda línea, han sido reparados los desperfectos en carreteras y vías ferreas; restablecidos los puentes que fueron destruidos por belgas y franceses, tendidas nuevas líneas férreas; abiertos otros caminos; creado hospitales, ambulancias, depósitos, almacenes; montado cobertizos para dirigibles y aeroplanos; instalado talleres los más diversos; devuelta la normalidad material a los pueblos y ciudades y a todos los servicios hoy anejos a la existencia de un pueblo rico y laborioso; cultivados los campos y explotadas las minas y las fábricas, con personal militar y bajo la vigilancia y dirección de las autoridades militares; y reformadas, reforzadas y artilladas todas las plazas fuertes que se rindieron o fueron conquistadas en las primeras semanas de operaciones. Los dos beligerantes han rivalizado en celo y actividad en esta labor casi sobrehumana, aunque es claro que en ella han descollado los alemanes, no precisamente por su capacidad de organización y previsión, que no necesita ser encomiada, sino por razón de ser invasores y tener que adaptar a las necesidades del ejército cuantos resortes de la actividad humana había en Bélgica y el Norte de Francia, tropezando con la hostilidad tácita o maniifiesta de los habitantes de los territorios ocupados.

No habrá sido, pues, muy brillante la labor de los alemanes y aliados en los últimos siete meses; pero no se encuentra en la historia un ejemplo parecido de actividad tan extraordinaria. Mas como la utilidad de cualquier esfuerzo se mide por sus resultados y no por la masa de trabajo invertida en él, ocurre preguntar: ¿ha sido realmente provechosa a los dos ejércitos la labor ejecutada?

En lo que concierne a los alemanes, la respuesta no se presta a duda: reducidos a la defensiva estratégica, por ser inferiores en fuerzas materiales, los trabajos enumerados les han facilitado conservar sus posiciones y aun ganar algún terreno, además de acrecer los recursos nacionales con los extraídos de Bélgica y la parte de Francia que ocupan. En cuanto a los aliados, si su propósito, como afirman, no ha consistido hasta ahora más que en impedir la ofensiva o avance del enemigo, lo han conseguido plenamente.

Pero, como ni la guerra puede durar eternamente, ni se resolverá mientras los aliados y alemanes no se decidan a salir de sus líneas—aparte de la influencia que en occidente ejerzan las operaciones desarrolladas en los otros frentes—, se plantea por sí misma una segunda cuestión: ¿será posible que cualesquiera de los dos bandos logre romper la formidable organización defensiva del adversario y llegue a derrotarlo de un modo decisivo para el término de la guerra?

II.—¿Es fácil, o siquiera posible, que uno de los beligerantes rompa las líneas del adversario en el frente occidental?

La opinión general, impuesta por la prensa francesa, cuyas afirmaciones han encontrado eco entre nosotros, es que en el estado actual de las cosas, ni los alemanes, por grandes que llegaran a ser las fuerzas que concentraran en el oeste, podrán romper el frente de los aliados, ni éstos forzar el de sus enemigos hasta que la acción de los rusos obligue a debilitar todavía más las tropas invasoras que se encuentran en Francia y Bélgica; llegado este momento, poco a poco, primero, más deprisa después, los alemanes tendrán que irse replegando a sus fronteras, será posible la invasión de Alemania, y habrá llegado la hora de la paz. Se reserva a Rusia el papel resolutivo, de ariete, y los aliados, con su inmensa superioridad numérica, irán gradualmente quebrantando la resistencia alemana en el oeste. Prescindiendo del examen de sucesos remotos por ahora, lo que interesa desde luego, porque va a plantearse muy pronto, es discutir si realmente son inexpugnables las líneas de los beligerantes.

La experiencia no puede ser maestra en esta ocasión: los alemanes no han tomado la ofensiva de un modo general, han practicado el sistema de los contraataques, y sus acometidas, cuando las han llevado a cabo en diversos puntos del frente, han sido parciales, limitadas y con fuerzas relativamente escasas. Los aliados han emprendido tres ataques con fuertes y robustas masas, pero tampoco su acción fué general, y aun en los mismos sectores de ataque no pusieron la energía ni se inspiraron en aquel principio fundamental de la ofensiva, que manda no anteponer los riesgos y peligros a las ventajas y frutos; quien al moverse piensa en los contratiempos y en cubrir la

retirada, antes que en el éxito y en el coronamiento de la victoria, carecerá de la resolución indispensable para llevar a feliz término su avance. Por consiguiente, tampoco puede deducirse nada en concreto del fracaso de la ofensiva de los aliados.

En una guerra tan extraordinaria como ésta, mal oficio es el de adivino, y muy ocasionado a continuo errar. Pero cabalmente porque se han equivocado todos los que fundaron sus cálculos y teorías en la fuerza material y en los obstáculos materiales, debe inferirse, a mi juicio, que también esta vez pasará a la leyenda la pretendida inexpugnabilidad de las líneas fortificadas del teatro occidental.

En la ininterrumpida lucha entre los medios de ataque y los de defensa, que se concreta en la frase, impropia, del cañón y de la coraza, ha habido períodos en que predominaron los unos a los otros; hace ya muchos años que la supremacía corresponde al ataque, y así se reconoció unánimemente hasta que surgió, con gran sorpresa, la actual situación en Francia.

A pesar de que hace dos siglos la defensa poseía grandes recursos y prevalecía, en la esfera didáctica, sobre el ataque, que se fundaba en una artillería que ni siquiera cabe comparar con la de ahora, las plazas recia y enérgicamente atacadas se rendían; capitulaban las unas por hambre, como antes y como siempre, pero las otras sucumbían por la fuerza, como ha acontecido y acontecerá eternamente: no era el arte, ni la materia, sino el espíritu, el factor resolutivo.

La legión romana, para no citar más que un ejemplo, llegó a tal grado de perfección en el triple concepto de la instrucción y preparación del infante, del armamento y de las formaciones y evoluciones, que se la creyó invencible; no obstante, como no hay ni habrá nada perfecto en absoluto, el gran Annibal descubrió con su mirada de genio el punto vulnerable de la legión, y obligándola a maniobrar con presteza, la desencuadró, la desarticuló, aniquilándola y pulverizándola en aquellas inmortales batallas del Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas. En el orden de ideas opuesto, los famosos campamentos fortificados, que tanto influyeron en las victorias de César en las Galias, tuvieron que ser relegados al olvido cuando se perfeccionaron las armas.

Pero no es menester que la demostración arranque de tan lejos. Bastantes ejemplos encontramos en la presente guerra de que era ficticia la fuerza de resistencia que se atribuía a las mejores organizaciones defensivas. Lieja fué atacada por un cuerpo alemán cuya fuerza numérica era igual a una vez y media la de la guarnición, y a los tres días era forzada la línea de fuertes, dos de ellos caían tomados a viva fuerza y la plaza abría sus puertas al invasor. Uno de los fuertes de Namur fué ocupado por sorpresa, en un ataque nocturno. Y las defensas de Lieja y de Namur eran mucho más robustas y completas que las de campaña del actual frente occidental. El campo atrincherado de Amberes gozó muchos años de la admiración general, como última palabra del arte. Sus fuertes con cúpulas y corazas, las baterías y atrincheramientos de los intervalos, los fosos de agua, las defensas accesorias, el enlace y apoyo mutuos de las diferentes obras, un artillado de millares

de piezas, las inundaciones que limitaban el sector de ataque a poco más de un tercio del perímetro exterior, los ríos que en el frente S. servían de obstáculos naturales y líneas auxiliares de resistencia, las minas... cuanto pudo ocurrirse al gran ingeniero general Brialmont fué ejecutado, y modificado y ampliado después por sus sucesores; la seguridad de Bélgica se confiaba a la resistencia de Amberes, y con esto queda dicho que se agotaron en la defensa de la plaza todos los recursos de la artillería y de la fortificación. No obstante, Amberes resistió contados días. Lo mismo puede decirse de Maubeuge y de otras fortalezas francesas. En cambio, Przemysl tuvo que ceder por hambre, sin que en los cinco meses de sitio pudiera el atacante tomar un solo fuerte. La opinión militar, y con mayor motivo la general, quedó chasqueada en todos estos casos. Luego de ocurridos se quiso buscar la explicación, y se la encontró en la superioridad artillera del atacante, o en la pasividad del sitiador en el ejemplo de la plaza austriaca; pero esta explicación es artificiosa, porque tendía a satisfacer el amor propio del vencido. La verdadera causa no fué otra que la inferioridad moral del sitiado con respecto al sitiador.

Las plazas no se defienden solas ni se disparan por sí mismos los cañones. Cuando no es un corazón dispuesto a la muerte quien se encuentra detrás de los reparos artificiales, estos sirven de muy poco; mientras que una simple trinchera se agiganta hasta trocarse en muro de acero, si sus defensores no vacilan en sacrificar sus vidas antes que retroceder.

De aquí que, sin desconocer las inmensas dificultades con que ha de tropezar la ruptura de las líneas del oeste, siempre que se trate de este punto conviene tener presentes las cualidades psicológicas y la instrucción de las tropas, antes que los obstáculos pasivos y que los recursos de todas clases que allí se han empleado.

Se argüirá todavía que contra una plaza sitiada le es fácil al atacante concentrar un gran volumen de fuego sobre un solo punto, hasta dominarlo y destruirlo; mientras que la reunión de una fuerte masa artillera en el sector de ataque elegido en el frente occidental, tendría como resultado la debilitación en otros lugares de la línea, y sería un aviso indirecto al adversario, dándole tiempo para llamar refuerzos. Así se expresan no pocas personas de claro juicio, aunque no profesionales. Para no extenderme demasiado sobre una materia que, más o menos pronto, ha de quedar resuelta por los hechos, básteme decir que la guerra es, en síntesis, un choque de entendimientos y voluntades, y que la inteligencia humana siempre es capaz de resolver los problemas, de orden humano, que ella misma plantea, si a su servicio se ponen la perseverancia y la energía. Dificultades de mayor entidad que la expuesta han sido superadas en las guerras principales, sin que el vencido pudiera sospechar los medios de que iba a valerse su enemigo para derrotarle, sin perjuicio de que tales medios hayan parecido perfectamente lógicos, y hasta naturales, a la posteridad. Como la situación son otros los que la han de despejar, sería petulancia indicar los diferentes caminos que pueden seguirse. Una vez roto definitivamente el equilibrio, el lector se enterará sin sorpresa de la ruptura de unas líneas llamadas inexpugnables. De la misma manera que

un día se entera que han sido necesarios seis meses para conquistar medio kilómetro de trincheras, combinando la zapa con la mina, y el fuego de la artillería con el choque al arma blanca, al siguiente sabe que en seis horas han ganado los unos y perdido los otros un área de más de cinco kilómetros de profundidad por ocho de frente, defendida también por zapas y por minas y por cañones y por soldados esforzados. Y la verdad es que ambos hechos son igualmente naturales y explicables, aunque *a posteriori*. Neuve Chapelle fué ganado en dos días, y en seis meses no se ha avanzado un solo metro al E. de Ipres. Cuatro meses de continuos esfuerzos de los franceses, al N. de Soissons, no pusieron en sus manos un palmo de terreno, y los alemanes, gracias a una ofensiva de veinticuatro horas, ocuparon todas las posiciones enemigas de aquel sector, al N. del Aisne, en una profundidad de más de una legua.

El día en que uno cualesquiera de los dos beligerantes adopte todas las disposiciones necesarias para una ofensiva resuelta y general, y la ejecute a fondo, se podrá hablar de la inexpugnabilidad de las líneas del frente occidental. Hasta ahora, los alemanes las han utilizado, salvo excepciones aisladas, para equilibrar la inferioridad de sus fuerzas; y los aliados como argumento justificativo de su actitud expectante y de unos ataques que sólo tenían por objeto apoyar las operaciones de los rusos en el otro frente. En resumen, la situación militar en Francia no está impuesta por la fuerza defensiva de las posiciones, sino por la de los ejércitos y, sobre todo, por la voluntad de los cuarteles generales.

III.—El misterio del mar del Norte

No otro título que el que precede han dado los críticos navales ingleses a lo que acontece en el mar del Norte, desde la mañana del 8 de abril. Los partes del Almirantazgo alemán anunciando que la escuadra de alta mar navegaba por las aguas territoriales enemigas, no tenían gran interés desde el momento que ni ha habido combate naval, ni ataque a los puertos y defensas de Inglaterra y Escocia. Sin embargo, la alarma y la intranquilidad han cundido en la Gran Bretaña, y, para desvanecerlas, por fin los periódicos ingleses se han decidido a romper el silencio que guardaban. Pero ni de sus manifestaciones, ni de las que hace la prensa alemana, se deduce nada concreto y preciso. Lo único que parece cierto es que una o más divisiones de la flota alemana de alta mar lleva cruzando varias semanas en el mar del Norte, sin que la escuadra británica haya salido a su encuentro. Esta maniobra no ha tenido resultados tangibles hasta ahora, pero tampoco ha de creerse que después de tantos meses de guerra y cuando la marcha general de la campaña es favorable a Alemania, el Almirantazgo de aquel Imperio comprometa sus unidades de combate y quebrante sus condiciones marineras, sólo por el gusto de intimidar al comercio enemigo y al litoral británico.

Temen los ingleses, y es posible que no anden descaminados, que esa actitud de la escuadra alemana es una invitación a la batalla; y relacionando esta presunción con el hecho de haber disminuído la actividad de los submarinos alemanes, creen que los mejores sumergibles y algunos barcos fondeado-

res de torpedos acompañan en sus correrías a la flota de combate, con el objeto de causar daños irreparables a la escuadra británica por la sola acción de las minas y los submarinos; las unidades de batalla escaparían sin combatir. Dando por supuesto que se trata de una celada y que los alemanes pretenden que los acorazados ingleses vayan a ofrecerse incautamente a los golpes de los temibles submarinos, el almirante Jellicoe, comandante en jefe de la escuadra británica, mantiene sus barcos en las bases, y limita su acción a cubrir las rutas marítimas entre Inglaterra y Francia. Nada importa que sea más airosa la conducta de una escuadra que la de la otra; lo que interesa es no sufrir más pérdidas sin utilidad, sobre todo después de las ya padecidas.

No me hubiera ocupado en ese llamado misterio, que no es propiamente hablando una operación de guerra, si el bombardeo de Dunquerque no lo presentara bajo un nuevo aspecto. Los despachos oficiales alemanes y franceses coinciden en el mismo hecho: Dunquerque ha sido repetidamente bombardeado. ¿Por quien? En el momento que escribo estas líneas se ignora; y aunque es probable que cuando lleguen al lector se sepa ya quienes han sido los agentes del cañoneo, la posibilidad de que continúe el misterio me mueve a exponer algunas reflexiones.

La distancia mínima entre Dunquerque y las líneas alemanas es de 30 kilómetros; no hay pieza conocida de tan extraordinario alcance, que en realidad habría de ser de 35 o más kilómetros, toda vez que la batería tendría que estar a retaguardia de la línea de fuego. Admitiendo que los alemanes dispusieran de un nuevo tipo de cañón de ese alcance, no es lógico que lo emplearan contra Dunquerque, sino contra Verdun u otros puntos sólidamente fortificados, de más importancia militar; sobre que, no arriesgarían tales piezas, que tendrían sumo interés en no perder, montándolas en uno de los sectores más expuestos bajo todos conceptos.

Descartada esta hipótesis, tampoco presenta mayores probabilidades de certeza la de atribuir el bombardeo a los dirigibles y aeroplanos; los aviones han lanzado bombas varias veces sobre Dunquerque, sin que el hecho haya tenido nunca caracteres de misterioso. Se ha dicho, y es verosímil, que los alemanes han descubierto el modo de formar nubecillas artificiales que oculten a sus zeppelines; pero hasta el presente no han aplicado tal invento, si es cierto, en ninguna de sus expediciones. Además, el paso de los dirigibles sobre las líneas de los aliados hubiera sido advertido, como ha acontecido siempre; y, finalmente, la dirección vertical del proyectil habría quitado toda duda acerca de su procedencia.

Si los cañones no estaban en tierra, ni las bombas caían de las aeronaves, deben haber partido de los barcos; pero ¿cómo éstos no han sido vistos, y cómo han podido acercarse sin ser descubiertos por los numerosos buques mercantes y de guerra que sin cesar navegan a la altura de Dunquerque? Por protegida que una división naval alemana se encontrara por sus sumergibles y lanzadores de torpedos, cuesta trabajo creer que se aventurara hasta un punto donde el enemigo podría atacarle con fuerzas superiores y cortarle el paso; y no llegar a él y retornar a toda máquina, sino detenerse para cañonear la población

y repetir el ataque al día siguiente. Tampoco parece que pueda admitirse esta hipótesis.

Durante la última batalla naval en el mar del Norte, los barcos alemanes desaparecieron de la vista del enemigo envolviéndose en densas masas de humo, que dificultaban la puntería de los ingleses. Si



General de división Fleck, comandante de uno de los cuerpos de ejército que rechazaron a los franceses en la batalla de la Champaña

se ha perfeccionado este recurso de guerra, cabe en lo posible que dos o tres barcos, en general, un corto número de ellos, disimulándose en la humareda, ejecutaran el bombardeo de Dunquerque.

La procedencia de los proyectiles no puede ser dudosa para los habitantes de Dunquerque, porque la dirección de la trayectoria queda marcada de un modo indeleble por los efectos del proyectil sobre los edificios y construcciones. Y como no habría motivos para guardar el secreto si el cañón desconocido fuera terrestre—como tampoco se ocultó por los franceses la existencia del mortero de 42 centímetros—, habrá de inferirse que los bombardeos han sido ejecutados desde el mar. Si esto es cierto, el efecto moral que el hecho causaría en Inglaterra—donde una gran parte de la opinión pública clama contra la pasividad de la marina—justifica ampliamente que no se declare toda la verdad.

Ha de admitirse, como resumen, que uno o dos grandes barcos alemanes, protegidos por una escuadrilla de submarinos y torpederos, han llegado hasta la entrada del canal y bombardeado Dunquerque con sus piezas de mayor calibre. El efecto moral quedó conseguido, y es lógico que ingleses y franceses no lo reconozcan, publicándolo.

IV.—¿Qué hace Hindenburg?

(Escrito el día 3 de mayo)

Esta es la pregunta que está en todos los labios hace dos meses. Desde el 15 de febrero apenas se ha sabido nada del célebre mariscal, y parece que se haya dormido aquel genio que realizó las dos memorables campañas de la Prusia oriental y la no menos brillante de Polonia, al O. de Varsovia. Sus partes confusos y láconicos, en los que figuraban los prisioneros y los cañones capturados en números casi fantásticos, no han vuelto a repetirse, y ello se interpreta por muchos como indicio de que el ejército alemán está destrozado o, por lo menos, como demostración de que la iniciativa ha pasado al lado ruso. Nada tan

lejos de lo cierto. Es verdad que desde mitad de febrero no se ha librado ninguna batalla decisiva, pero también lo es que la situación ha tenido grandes cambios, y no favorables a los moscovitas.

Hasta últimos de marzo pareció irresistible el avance de los rusos en los Cárpatos. El alto valle del Laborcz cayó en sus manos, en su poder también los pasos occidentales de la Cordillera, y se dió como tomada Bartfeld y en pleno desarrollo la invasión de Hungría. Pero cuando muchas personas esperaban leer de un momento a otro la noticia de la llegada de las vanguardias rusas a las llanuras húngaras, comenzó a figurar casi exclusivamente en los partes oficiales el nombre del paso de Uszok, al S. E. de los ocupados por los rusos. Las informaciones moscovitas dijeron primero que era indispensable la toma de aquel paso para proteger el flanco izquierdo del ejército principal; sin embargo, se dejó de insistir en la ofensiva rusa, sustituyéndola por la afirmación de que todos los ataques de los austro-alemanes eran rechazados; y cuando las tropas de los imperios aliados se movieron hacia Strij, fué calmándose la lucha en Uszok y trasladándose hacia el E. Lo cual en lenguaje vulgar quiere decir que la única maniobra temible para sus enemigos que estaban ejecutando los rusos había fracasado: en lugar de perseverar en su movimiento hacia Hungría, la amenaza de flanco por el sector de Strij, combinada con los ataques de frente al E. de Uszok, les habían reducido a la defensiva, obligándoles a cambiar su frente hacia el S. E. y poniendo término a su iniciativa.

El conjunto de batallas que se libran hace un mes, no ha concluido. Se esfuerzan los austro-alemanes—Hindenburg—por envolver la izquierda rusa, y probablemente amenazan asimismo la derecha desde el S. de Cracovia, poniendo a los rusos en situación poco envidiable. El resultado táctico no puede hacerse esperar mucho, pero en el orden estratégico las consecuencias son ya de gran importancia, porque ha quedado detenida, casi anulada, la campaña que los rusos estaban desarrollando en los Cárpatos desde el mes de diciembre. No se limita a esto sólo el obje-



Coronel general von Falkenhäusen, comandante de uno de los ejércitos del teatro occidental

tivo de Hindenburg, quien abriga seguramente un plan ofensivo, cuyas primeras etapas son las que se acaba de recordar.

El ejército vencedor en Przemysl, embebido en el de campaña, no ha sido bastante a despojar los pe-

ligros creados por la maniobra de flanco de los austro-alemanes; y como la masa principal de los rusos se encontraba muy internada en los Cárpatos y una retirada precipitada podía degenerar fácilmente en

ratonera, y no hay otro medio de salir de ella, que derrotando al adversario, sin reparar en sacrificios ni vacilar en retorzar el ejército.

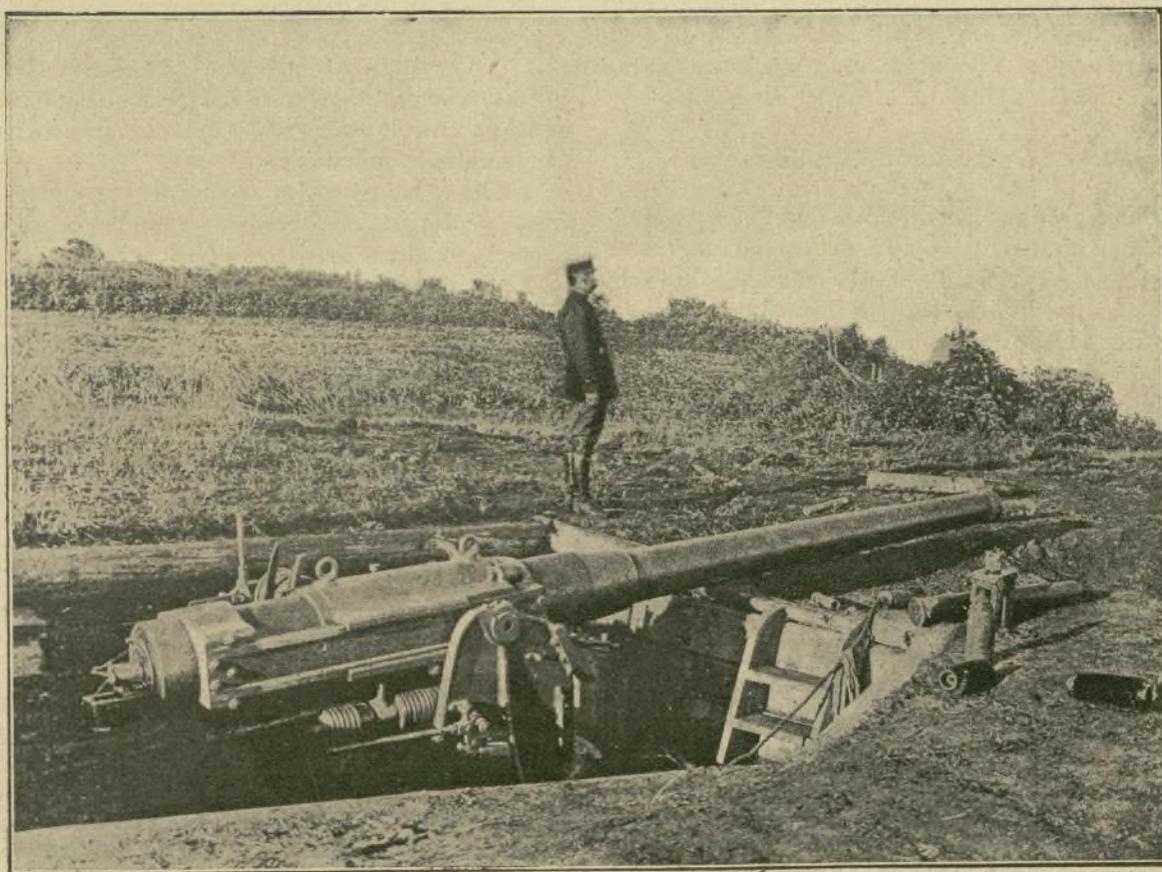
Y en estas circunstancias, cuando la campaña en



La propaganda del reclutamiento en Londres: anuncios en los edificios

desastre, el cuartel general del gran duque tuvo que aceptar la situación tal como era, y procurar salvarla del único modo posible: conteniendo al enemigo,

los Cárpatos es vitalísima para Rusia, los alemanes vuelven a avanzar en dirección a Varsovia, atacan en el sector de Przasnysz, ganan terreno en el vasto fren-



Cañón de 15 centímetros instalado en el frente occidental

ganando tiempo, para que los refuerzos llamados con urgencia no llegaran demasiado tarde. Como he indicado varias veces, el empeño de los rusos de atravesar los Cárpatos les ha metido en una especie de

te que se extiende al E. de la línea Suvalki-Kalvariya, reanudan el bombardeo de Ossoviéc, y al N. del Niemen, en la Lituania septentrional, alcanzan la vía férrea Dünaburg-Libau. ¿Son estos ataques me-

ras diversiones? ¿Representan acaso el primer capítulo de una campaña que recuerde a las otras tres afortunadas? ¿Va a dirigirse el golpe en alguno de esos puntos y no en los Cárpatos o en la Galizia oriental? ¿Acaso la ofensiva se tomará contra la Besarabia? He aquí cómo de pronto, cuando la situación de los rusos es forzada y obligada, se ejercita en todo el frente la nueva iniciativa de Hindenburg. Para comprender su mérito, no debe olvidarse que, a pesar de los refuerzos enviados a los Cárpatos—donde también luchan de cinco a ocho cuerpos de ejército alemanes—las tropas rusas en la Polonia del Norte y en Lituania son muy superiores a las de Hindenburg, y están además protegidas por una formidable red de plazas fuertes y por ríos caudalosos que corren paralelamente, por lo general, al frente de batalla. No se sabe si, como otras veces, los rusos las han distribuido poco menos que uniformemente, queriendo ser fuertes en todas partes, que es lo mismo que no serlo en ninguna; pero sí cabe asegurar que Hindenburg ha concentrado las suyas en los puntos que ha creído más adecuados: ventaja inapreciable de la iniciativa, servida por una superior capacidad maniobrera.

He aquí, pues, como se va vislumbrando lo que hacía Hindenburg. Si realmente destroza a los rusos en los Carpatos después de haber llamado su atención hacia este lado, y entre tanto asesta uno de sus golpes en la región del N. o en el extremo S., la campaña puede tener consecuencias más trascendentales que las anteriores. Iniciada está en el concepto estratégico y en período de resolución táctica, pero hasta que terminen las batallas no se sabrá si los frutos corresponden a las esperanzas de Hindenburg o al deseo del Gran duque.

V.— La situación el 6 de mayo

Con su peculiar laconismo, el gran cuartel general alemán anuncia la ruptura del frente ruso entre el Vístula y los Cárpatos, al otro lado del Dunajec; el Visloka ha sido forzado, y los rusos están en plena retirada en todo el sector O. de los Cárpatos. 40.000 prisioneros, cañones y material de guerra han sido los primeros frutos de esta victoria. Sus ulteriores consecuencias han de ser mucho más interesantes, si el gran duque no acude con la rapidez del rayo a remediar el tremendo daño que le amaga. Pero es dudoso que lo logre, atacado como se halla de frente en los Cárpatos y en peligro de ser acometido su flanco izquierdo, en el sector de Strij.

Las malas nuevas para los rusos no llegan esta vez aisladas, sino que se encadenan desde el Nida al O. de Varsovia: Przasznisz, E. de Augustovo y de Kalvariya, son testigos de otros tantos descalabros.

Todo ello palidece y se relega a segundo término ante el anuncio de que las vanguardias alemanas han llegado al SE. de Riga. Se ha creado una situación imprevista, excepcional, que requiere ser estudiada despacio y con atención. O mucho me engaño

o hemos entrado en la última campaña, en la decisiva, la que va a fijar el destino de Rusia en esta guerra. Los despachos de Petrogrado no ocultan la profunda inquietud que esta inopinada marcha ha despertado en el Imperio.

En el teatro occidental, los alemanes han continuado sus éxitos al N. y NE. de Iprés, ensanchando la zona conquistada. En la otra orilla del canal del Iser se mantienen en Lizerne, que han atrincherao, y en una cabeza de puente que han formado al O. de Het-Sas. También al E. de Iprés ganan terreno rechazando a los ingleses. En los demás puntos del frente continúan los pequeños ataques, en particular en los altos del Mosa, sin ventaja para nadie.

En los Dardanelos, los franceses han vuelto a desembarcar en la punta asiática, sin poder avanzar hasta ahora.

La situación de los cuerpos británicos es más confusa: los australianos y nuevo-zelandeses pusieron sus plantas en Gaba-Tepé, hacia el centro (O.) de la península de Gallípoli, empuñando furiosos combates con los turcos, sin lograr otra cosa que sostenerse en la costa bajo la protección de los cañones de los barcos. Los ingleses, en la punta europea, también han sostenido rudísimas y sangrientas luchas; afirman que van avanzando y los turcos proclaman que los han echado a la costa. Cuando los avances sean positivos y evidentes, se citarán nombres de localidades en los partes oficiales, que ahora sólo se refieren a éxitos en abstracto. Esta campaña promete ser larga y difícil. La escuadra ha bombardeado otra vez los fuertes del estrecho.

Los rusos anuncian grandes victorias en el Cáucaso, siempre en los mismos puntos y contra los mismos enemigos; es inútil volver la atención hacia aquel excéntrico teatro, cuando tantos sucesos trascendentales la solicitan en Europa.

El día 1.º de mayo, el cazatorpedero inglés *Recruit* (385 toneladas) fué echado a pique por un submarino a la altura del faro de Galloper.

El mismo día, dos escuchas alemanes (*Vorposten*, especie de pequeños torpederos), hundieron el vapor pesquero *Colombia*, cerca de Noord Hinder; descubiertos por una división de destroyers británicos, compuesta por el *Laforey*, *Leonidas*, *Lawford* y *Lark*, de gran marcha, 35 millas, se les dió caza y fueron finalmente destruídos.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

6 de mayo 1915.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

Para calmar la natural ansiedad de los lectores, que es difícil se hagan cargo de toda la gravedad de la nueva campaña en Rusia, adelantamos la tirada del cuaderno siguiente, que aparecerá el día 14. En él se tratará con toda extensión de los acontecimientos de los últimos días y de sus probables y trascendentales consecuencias.